

IV Domingo de Cuaresma • AÑO C • Lc 15, 1-3. 11-32

• Primera lectura • Jos 5, 9a. 10-12 • *“El pueblo de Dios celebra la Pascua, después de entrar en la tierra prometida”.*

• Salmo • 33 • *“Gustad y ved qué bueno es el Señor”.*

• Segunda lectura • 2Co 5, 17-21 • *“Dios, por medio de Cristo, nos reconcilió consigo”.*

• Evangelio • Lc 15, 1-3. 11-32 • *“Este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido”.*

En aquel tiempo, solían acercarse a Jesús los publicanos y los pecadores a escucharle. Y los fariseos y los escribas murmuraban entre ellos: *«Ese acoge a los pecadores y come con ellos».*

Jesús les dijo esta parábola: *«Un hombre tenía dos hijos; el menor de ellos dijo a su padre: “Padre, dame la parte que me toca de la fortuna”.*

El padre les repartió los bienes. No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, emigró a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente.

Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad. Fue entonces y tanto le insistió a un habitante de aquel país que lo mandó a sus campos a guardar cerdos. Le entraban ganas de llenarse el estómago de las algarrobas que comían los cerdos; y nadie le daba de comer.

Recapacitando entonces, se dijo: *“Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. Me pondré en camino adonde está mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo; trátame como a uno de tus jornaleros”.*

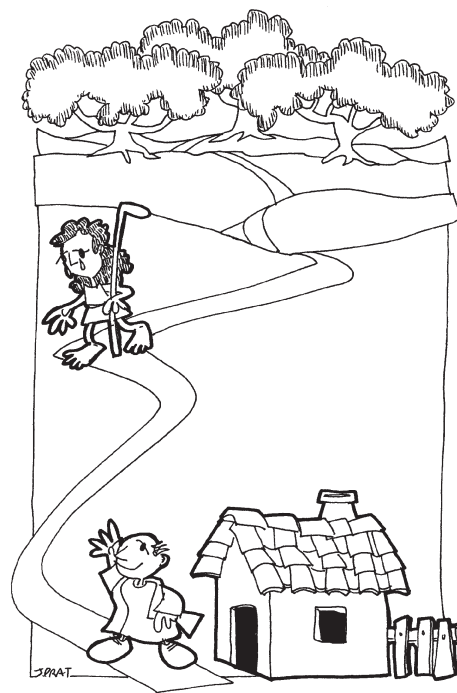
Se puso en camino adonde estaba su padre; cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió; y, echando a correr, se le echó al cuello y se puso a besarlo. Su hijo le dijo: *“Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo”.*

Pero el padre dijo a sus criados: *“Sacad en seguida el mejor traje y vestidlo; ponedle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y matadlo; celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido, y lo hemos encontrado”.* Y empezaron el banquete.

Su hijo mayor estaba en el campo. Cuando al volver se acercaba a la casa, oyó la música y el baile, y llamando a uno de los mozos, le preguntó qué pasaba. Este le contestó: *“Ha vuelto tu hermano; y tu padre ha matado el ternero cebado, porque lo ha recobrado con salud”.*

Él se indignó y se negaba a entrar; pero su padre salió e intentaba persuadirlo. Y él replicó a su padre: *“Mira: en tantos años como te sirvo, sin desobedecer nunca una orden tuya, a mí nunca me has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos; y cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres, le matas el ternero cebado”.*

El padre le dijo: *“Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo: deberías alegrarte, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido; estaba perdido, y lo hemos encontrado”.*».



Hay quien dice de esta parábola que es el corazón del Evangelio de Lucas. A esta parábola se la denomi-

na: La parábola del hijo pródigo. Pero Joachim Jeremías empezó llamándola: *“Parábola del Amor del Padre”* y no *“Parábola del Hijo Pródigo”*.

De hecho el verdadero protagonista es el padre.

El padre de la parábola quiere manifestar el amor de Dios Pa-

dre. Aquí aparece una expresión que a veces también los evangelistas aplican a Jesús: «*Se le conmovieron las entrañas*».

Hay que destacar la alegría que experimenta el padre por el retorno del hijo, como en las otras parábolas de la moneda y de la oveja perdida.

Esta parábola es la respuesta que Jesús da a los que criticaban su comportamiento por su proximidad con los pecadores. Jesús les dice que su actuación está en consonancia con la manera de ser de Dios.

Si nos fijamos a la hora de la verdad el origen del regreso del hijo a casa de su padre es el hambre, no el arrepentimiento de lo que había hecho, de ahí que el contraste con la reacción del padre es todavía más grande.

En la parábola aparecen los dos hijos contrapuestos uno y otro a la manera de actuar el padre. Tanto el uno como el otro actúan de forma totalmente diferente al padre que se deja llevar por el amor gratuito.

Si nos detenemos en el comportamiento del padre observamos que el padre sale al encuentro del hijo que regresa, lo besa, lo abraza y no deja que el hijo le muestre postrado con sus palabras su arrepentimiento. Al instante trata

de rehabilitar la dignidad del hijo que ha regresado dándole el lugar de hijo que había despreciado, no de criado que es lo que pretendía el hijo: con las sandalias le devuelve la libertad y con el anillo la autoridad.

Y para postre organiza una gran fiesta: porque aquel hijo «*estaba muerto y ha revivido, estaba perdido, y lo hemos encontrado*».



Le pido a Dios que me ilumine y me haga comprender lo que quiere manifestarme por medio de esta parábola. Como tantas veces se nos ha dicho, el Padre es Dios y los hijos somos nosotros.

- Contemplo el amor inmenso del padre, de Dios, que se manifiesta en el relato de la parábola.
- Contemplo el desamor de los hijos: con el padre y entre ellos. ¿Veo que mi vida, en algún momento, sea ha identificado con el comportamiento del padre o con uno de los hijos?
- Doy gracias a Dios por su manera de ser.
- Le pido que me ayude a experimentar su amor gratuito.
- Llamadas.

Oro lo contemplado.



ESTE HERMANO TUYO ESTABA MUERTO Y HA REVIVIDO

Señor Jesús, gracias por decirnos cosas tan bonitas y tan beneficiosas como las que hoy nos has mostrado. ¡Que reconfortante es contemplar la imagen de Dios que hoy nos ofrece la Palabra!

Quiero y necesito detenerme en la descripción que me ofrece la manera de ser de Dios para admirarla y para pedirle que me la apropie, que la haga mía, que me parezca.

Señor Jesús, me llama la atención ver al padre que no recrimina en nada la actuación del hijo. Como si lo pasado no existiera, para él. Para el padre solo cuenta el presente. Sólo cuenta el regreso del hijo que se había ido.

Veo también que para el padre el hijo, haga lo que haga, siempre es el hijo y como a tal lo trata. También observo el interés del padre en rehabilitar lo antes posible la dignidad del hijo.

Observo que el padre busca aproximar a los hermanos, construir la fraternidad. Y todo ello en un ambiente de fiesta. ¡Cuántas enseñanzas me ofreces, Señor Jesús, para mi vida por medio de esta parábola!

En contraposición observo las actitudes de los hijos: uno se marcha de casa, y desprecia a la familia y el otro no reconoce en el hermano que ha regresado a su propio hermano, sólo lo ve como hijo de su padre pero no como hermano suyo.

El menor malgasta la herencia y desprecia el amor del padre y del hermano.

Al mayor le duele el dinero que ha malgastado su hermano y el gasto que hace su padre con la fiesta por el regreso del hijo. El mayor cuenta, compara, mide.

El padre por el contrario todo es generosidad. Señor Jesús, en esta parábola reflejas la forma de actuar de Dios Padre con nosotros, siempre amando y perdonando.

Gracias, Jesús, por esta imagen tan reconfortante de Dios Padre que nos ofrece esta parábola

Gracias, Jesús, porque por medio de esta lectura nos pones delante del espejo y nos dices como somos, a veces, nosotros, como nos comportamos con Dios y con los demás.

Ayúdame, Señor Jesús, a descubrir el verdadero rostro de Dios-Padre y nuestra manera de comportarnos unos con otros.



Ver • Juzgar • Actuar

“Amor de Padre”

VER

Hace unos días aparecía la siguiente noticia: *“Un matrimonio de 80 años es finalmente desahuciado por orden de su hijo”*. Si entrar en detalles, la imagen que quedaba grabada y se pudo ver en los informativos era la de la resignación de este matrimonio llorando al tener que dejar su casa e ingresar en una residencia, porque han sido echados por su propio hijo. Más allá de posibles intentos de explicación que han ido apareciendo, lo cierto es que a cualquier persona normal esta noticia le provoca un profundo rechazo y le repugna, sobre todo porque la expulsión ha sido ordenada por el hijo, que muestra así una actitud de desprecio hacia sus padres.

JUZGAR

En el Evangelio de hoy hemos encontrado un hecho en principio similar: *«Un hombre tenía dos hijos; el menor de ellos dijo a su padre: “padre, dame la parte que me toca de la fortuna”. El padre les repartió los bienes»*. En la petición de este hijo, que quizá a nosotros, desde nuestra mentalidad



occidental, no nos parezca descabellada, incluso dentro de una normalidad, se esconde sin embargo un mal deseo hacia su padre. Al pedirle la parte que le toca de la fortuna, el hijo menor está en cierto modo desahuciando también al padre, está poco menos que diciéndole: *“No puedo esperar a que te mueras para heredar”*, hay un profundo desprecio del hijo hacia su padre, sólo piensa en disfrutar de *«su fortuna, viviendo perdidamente»*.

Pero en la parábola, Jesús resalta una imagen del padre que es la que nos debe quedar a nosotros hoy grabada, y que no es la de un padre triste, hundido y resignado. Porque Jesús nos muestra ahí el verdadero rostro de Dios, como el padre que, a pesar del desprecio del hijo, cuando éste *«recapacitando»* decide volver, *«cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió; y, echando a correr, se le echó al cuello y se puso a besarlo»*. Así es Dios tal como se nos revela en Jesús: como un Padre que respeta, espera, aguarda y perdona. Porque para Él, lo más importante es que *«este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado»*. Así se lo dice a sus criados y así se lo dice al hijo mayor, cuando éste le recrimina que haya recibido tan bien a su hermano.

Como el hijo mayor, también nosotros deberíamos alegrarnos de que nuestro Dios sea como es. Porque si nos detenemos a pensar, también en demasiadas ocasiones *“desahuciamos”* a Dios de nuestra vida, le echamos fuera de determinadas dimensiones, queremos *“vivir y disfrutar”* y vemos en Él un impedimento para poder hacerlo a nuestro antojo.

Por eso, la Cuaresma es el tiempo de gracia que Dios nos ofrece para que, como el hijo menor, recapacitemos y decidamos: *«me pondré en camino adonde está mi padre»*. Para *“volver al Padre”* contamos con un medio extraordinario, como indicaba



san Pablo en la 2ª lectura: *«En nombre de Cristo os pedimos que os reconciliéis con Dios»*. En este tiempo de Cuaresma podemos encontrarnos con el Padre que nos espera en el sacramento de la Reconciliación para recibirnos y devolvernos la dignidad de hijos e hijas suyos, a pesar de que hayamos derrochado sus dones con nuestro pecado.

ACTUAR

Teniendo presente la Palabra de este domingo, podemos reflexionar: ¿Desahucio a Dios de mi vida de un modo más o menos consciente? ¿En qué dimensiones o circunstancias? ¿Veo en Dios un impedimento para *“disfrutar de la vida”*? ¿Soy como el hijo mayor, espero que Dios me recompense por mis trabajos, por no desobedecerle? ¿Me alegro de que Dios sea como es? ¿Me alegro por quienes estaban *“perdidos”* y son *“encontrados”* por Dios? ¿Vivo la confesión como un retorno al Padre, como una verdadera reconciliación con Él, movido por su amor?

«Celebremos un banquete», dijo el padre de la parábola. En la Eucaristía el Señor nos dice también lo mismo: hemos venido a la casa del Padre y Él no nos trata como a jornaleros sino como a hijos, y también nos dice: *«tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo»*. Que el amor infinito del Padre sea para nosotros el mejor estímulo para no *“desahuciarle”* de nuestra vida, para no verlo como un obstáculo para disfrutar de la vida, sino todo lo contrario, para alegrarnos de poder vivir con Él, en su casa, como verdaderos hijos.



Acción Católica General
Alfonso XI, 4 5º
28014 - Madrid
www.accioncatolicageneral.es